

La coherencia eucarística del acólito

La Eucaristía es Cristo, Cristo que merece ser ante todo amado. Estar ante él debe ser una cascada de actos de amor. Porque Cristo en la Eucaristía busca con nosotros una unión de amor. Jesús dice: “el que me come permanece en mí y yo en él... y vivirá por mí”. A veces ustedes como sacristanes, maestros de ceremonia o incluso después como curas podrán estar atentos a los detalles de la celebración de la Misa, pero no tendría que descuidarse nunca que estás allí ante todo para dejar que Cristo se una a vos más y más.

Si llegamos hasta aquí todo parece claro. Pero resulta que hay gente que se queda con esto como si fuera lo único importante. Y así hay gente que quiere adorar sólo en capillas pequeñas para estar solos con Cristo, llega a molestarles que se haga una adoración con la comunidad. Hay personas que me exigen tener el Santísimo en sus casas, porque en la parroquia se sienten menos cómodos para orar. Otros adoran mucho pero siembran discordia o no aceptan que se les pida algún servicio. Entonces viene en nuestra ayuda la segunda lectura que escuchamos (1 Cor 11, 20-27; 12, 12). Porque ya san Pablo se había encontrado con esa dañina anomalía, y en este texto enseña con tremenda contundencia que la Eucaristía es incompatible con la indiferencia ante los pobres y con la falta de comunión eclesial. También lo dice el ritual del acolitado en la homilía que allí se propone.

En la experiencia de los santos vemos que la Eucaristía es un sacramento de irradiación, de desborde, y por lo tanto la auténtica adoración te coloca en ese dinamismo de apertura, de salida misionera, de servicio, de comunión. Cuando al nuevo párroco en el rito se le entrega la llave del sagrario, es para invitarlo a que ese Cristo salga del templo y llegue a los demás. Pero además toda la Tradición de la Iglesia ha enseñado que la Eucaristía es el sacramento de la caridad fraterna, que está para alimentar e impulsar la caridad. Cuando hablamos del triple *munus* (gobernar, enseñar y santificar) corremos el riesgo de olvidar esta dimensión de comunión fraterna y misionera del ministerio.

Hoy quisiera recordarles algo que fácilmente se olvida: que esta comunión eclesial que exige la Eucaristía es necesariamente comunión con el Obispo, y en el caso de un cura diocesano es una dimensión constitutiva de su ministerio, hasta el punto que si falta lo vuelve ilegítimo. Pero cuidado que esto va más allá de los gustos: si no te gusta la forma de ser de tu Obispo, si no te gusta su estilo, si no te gusta lo que te dice, eso es una nimiedad que está a una distancia infinita del sentido sobrenatural de la figura del Obispo. Y la Iglesia no es un club donde cada grupo o cada uno se defiende corporativamente como si el Obispo fuera una molestia o una amenaza. No es un club ni una ONG, es una realidad sobrenatural y así hay que mirarla y vivirla.

Cuando seas ordenado Santiago, habrá un momento destacado dentro de las promesas que harás. En ese momento le entregarás tus manos al Obispo, el Obispo las tomará entre sus manos y te mirará a los ojos, y en ese contexto te hará una pregunta: “¿prometes respeto y obediencia?”. ¿Qué significado tendrá ese sí que darás delante de todo el pueblo de Dios que te estará escuchando? ¿Será una mera apariencia, hipocresía, o una restricción mental llena de

condiciones? Porque a veces la obediencia se reduce a nada, a nada. Hay curas que no cumplen nada de lo que les pide el Obispo, aunque esté en un decreto formal, aunque esté mandado con toda la fuerza. ¿Qué queda entonces de esa obediencia prometida ante el pueblo de Dios que estaba de testigo de tu promesa?

Lo más llamativo es que muchas veces esos mismos curas despotrican en la homilía y en las charlas porque hoy no se cumple la ley, por la falta de cumplimiento de los deberes cívicos y de los compromisos, pero ellos se ríen de las normas diocesanas de la Iglesia local a la que sirven. O se burlan de las orientaciones pastorales del propio Obispo.

El Obispo no le dirá al cura cómo tiene que vestirse, puede vestirse como quiera, no le ordenará si puede usar barba o no, ni se meterá en los horarios de la parroquia, en la organización de los grupos, en el estilo de su casa. Pero sí tiene todo el derecho y el deber, por la potestad de jurisdicción que le dio la Iglesia de establecer algunas normas básicas (¿ustedes saben que hay un pequeño vademécum con las normas diocesanas vigentes?) y tiene derecho a marcar las grandes líneas de la pastoral diocesana.

Esta promesa de comunión con el Obispo, que está íntimamente unida a la comunión eucarística, implica respeto (que no podés estar burlándote por ahí ni denigrando o difamando al Obispo) y obediencia (cumplimiento de las normas y orientaciones diocesanas). Y cuando rompés esta comunión eucarística no se trata de un mero descuido, de una superficialidad. No, tiene consecuencias en tu vida, porque fácilmente se convierte en una vida sin cauces, sin normas, sin orden, sin marco eclesial. Y eso no es más que una forma de individualismo autoritario (“a mí me obedecen, yo no respondo a nadie”). Si ves a un cura que vive así, no lo admires, no lo sigas, por más que te guste como habla, como te trata, como tiene la parroquia, porque como dice la Biblia, Satanás se disfraza de ángel de luz.

Si te digo estas cosas Santiago, un poco fuertes, es sencillamente para recordarte que la devoción eucarística no es algo light, intimista ni romántico. Exige lo que se llama una “coherencia eucarística” que tenés que tomarte muy en serio como proyecto de vida hoy que estás recibiendo este ministerio. Que el Espíritu Santo te ayude para que puedas vivirlo. Te permitirá llevar una vida más sana y más feliz.